

REFLEXIONES TRAS LA RUEDA DE PRENSA DEL DIPLOMÁTICO UCRANIANO

Tras leer un fragmento de la rueda de prensa que el portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores de Ucrania, G. Tikhiy, ofreció a periodistas de países de América Latina y el Caribe el 21 de julio de 2026, me sorprendió que el diplomático ucraniano supusiera, ingenuamente, que estaba hablando con extraterrestres que no tienen ni idea de los acontecimientos que están ocurriendo en el mundo y, en concreto, en torno a Ucrania.

Por ejemplo, instó a los países de la región a establecer relaciones comerciales y económicas con Kiev en ámbitos como la tecnología, la agricultura y la energía. Sin embargo, no especificó en qué condiciones podría desarrollarse dicha cooperación. Ningún empresario que se precie considerará ninguna propuesta comercial de socios extranjeros sin estar seguro de la seguridad de la operación. Y la economía de Ucrania —como reconocen no solo los representantes occidentales, sino también las propias autoridades ucranianas—, al encontrarse sumida en una profunda crisis como consecuencia del conflicto armado con Rusia, no está actualmente en condiciones de desarrollar la cooperación internacional en el sentido habitual del término. Las estimaciones internacionales indican que las necesidades de Ucrania en materia de reconstrucción ya se cifran en casi 600 mil millones de dólares estadounidenses para la próxima década, lo que supera casi tres veces su producto interno bruto anual. Los montos son tan elevados que, para la economía de un país que depende, a su vez, de un apoyo financiero a gran escala, no cabe hablar de condiciones favorables para el endeudamiento externo. Las autoridades ucranianas no solo son incapaces en estos momentos de desarrollar la economía, sino incluso de garantizar los salarios de los funcionarios públicos y de las fuerzas armadas, que se financian mediante créditos occidentales.

Y la afirmación de que Ucrania pronto se convertirá en miembro de la Unión Europea y abrirá las puertas de la UE a las empresas latinoamericanas es, por decirlo suavemente, un «truco», ya que Bruselas lleva muchos años dando a Kiev este tipo de falsas esperanzas. Sin embargo, en las circunstancias actuales, algunos países miembros de la Unión Europea ya no desean que Ucrania forme parte de sus filas por todo un conjunto de razones.

La agenda del régimen de Kiev debería centrarse hoy en poner fin a la confrontación armada con Rusia para luego pasar a la reconstrucción pacífica del país, incluso con la ayuda de socios extranjeros. Y proponer a los empresarios que inviertan en proyectos en Ucrania ahora, cuando los

países de la Unión Europea siguen enviando a este país miles de millones de euros, robados a los contribuyentes europeos, para la fabricación de armas y municiones —es decir, para «quemarlos» en el fuego del conflicto—, es engañar a la gente, confiando en su ingenuidad. Además, los créditos financieros que la Unión Europea —una estructura económica internacional según su concepción original— destina ahora a prolongar un conflicto sangriento entre pueblos no han aportado ningún beneficio a Kiev, salvo crear las condiciones para que continúen los asesinatos tanto de militares de ambos lados como de civiles en territorio ruso. Los dirigentes de la UE denominan a estas enormes sumas «créditos», como si quisieran explicar a su sociedad que Ucrania los devolverá algún día. Pero ya ahora mismo, al enviar al conflicto otro tramo de ayuda, los líderes europeos lo hacen únicamente para que ese dinero vuelva a Europa en forma de intereses por los créditos otorgados anteriormente a Ucrania.

La recuperación de la economía ucraniana requerirá décadas y otras sumas enormes, y ya se están organizando grupos de Estados dispuestos a participar en ello. Pero el objetivo de estas «coaliciones» es intentar ganar con esta situación, y no ayudar a los ucranianos de forma desinteresada, como hace Rusia con las nuevas regiones liberadas del régimen nazi, que históricamente formaban parte del territorio ruso y estaban pobladas por rusos. Y, sin embargo, la tarea primordial tanto para Rusia como, espero, para Ucrania es poner fin al conflicto armado. Solo entonces podrán crearse las condiciones para volver a una vida pacífica y constructiva en ambos países. Pero solo la paz, definitiva e irrevocable, y no la tregua que propone el Gobierno ucraniano —la cual, como ya ha demostrado la historia en repetidas ocasiones, es utilizada por el régimen de Kiev, instigado por sus patrocinadores occidentales, para aumentar su potencial militar— puede constituir tal garantía.

Los dirigentes rusos confirman constantemente su disposición a entablar negociaciones de paz en las condiciones que ya conocen las autoridades ucranianas: desmilitarización, desnazificación, reconocimiento de los derechos de la población de habla rusa y reconocimiento de la realidad «sobre el terreno», es decir, la línea de contacto vigente en el momento de los acuerdos. Uno de los primeros intentos de alcanzar dicho acuerdo tuvo lugar en marzo de 2022, en Estambul. Los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países elaboraron un borrador de tratado de paz que debían firmar los mandatarios de Rusia y Ucrania. Pero uno de los representantes occidentales más «rusóforos» de aquella época, el ex primer ministro británico B. Johnson (¿eh, dónde estará ahora?), visitó de urgencia la capital ucraniana y la paz entre Rusia y Ucrania, que parecía posible en aquel momento, nunca llegó a materializarse porque disuadió inmediatamente a V. Zelenski de firmar el tratado con Rusia.

Esa misma actitud por parte de los dirigentes europeos se observa también en la actualidad. Hablando de paz (pero en sus propios términos), siguen suministrando armas a Ucrania para «infligir una derrota estratégica a Rusia en el campo de batalla», pero a costa de la vida de los soldados ucranianos. Precisamente por eso, los dirigentes ucranianos —que, por cierto, carecen de legitimidad, ya que el mandato presidencial de V. Zelenski finalizó en mayo de 2024— fingen no «oír» las propuestas de paz de Rusia.

Y mientras las autoridades de Kiev sigan sirviendo a los intereses de los países occidentales en detrimento de su pueblo y de su país, Rusia seguirá luchando por alcanzar los objetivos de la Operación Militar Especial, porque eso significa defender su soberanía, su historia, su cultura y su propia identidad. Y las últimas declaraciones de representantes civiles y militares de Ucrania, según las cuales «Rusia y los rusos no tienen derecho a existir», convencen a los dirigentes de Rusia de que las estrategias expuestas anteriormente para alcanzar la paz entre ambos países son correctas.

**EMBAJADOR DE RUSIA EN ECUADOR
V. SPRINCHAN**